



LEYENDAS DE ANIMALIA
LAS ALAS DEL AMOR

Víctor Fernández García

LEYENDAS DE ANIMALIA
LAS ALAS DEL AMOR



Primera edición: enero 2022

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Víctor Fernández García

© Ilustraciones: Vlad Strange

ISBN: 978-84-19151-18-6

ISBN digital: 978-84-19151-19-3

Depósito legal: M-1225-2022

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para Hide y Demóstenes



MAPA





Comunicar
a sus hijos
que no se
dejen llevar
por los
medios
de comunicación
masiva
y que
sepan
que
ellos
son
los
dueños
de
su
propia
vida

CAPÍTULO 1

Las almenaras apagadas del imperio camaleónico representan la viva esencia de este.

Si bien la visión de la luz puede resultar engañosa, no ocurre así con la implacable crudeza de la oscuridad.

Sobria, elegante y sincera, sus atributos bien podrían extenderse al mismísimo emperador.

Se estaba quedando dormido por enésima vez cuando el borrador de la pizarra aterrizó en su frente.

Cuando el dinosaurio adolescente alzó dolorido la cabeza, ante él se encontraba la terca y malhumorada figura del profesor.

No era precisamente el más estricto del claustro, pero aun así su mal humor gozaba de reputación en la escuela.

Seguro de haber captado la atención de toda el aula, prosiguió con la lectura.

La Ley está clara: no engañarás.

Una simple petición para un pueblo cuyo destino, de cumplirla, no puede resultar más halagüeño.

La mirada del profesor perforó varios asientos.
No le gustaba ser interrumpido.
El joven Alberticius se giró, inseguro, a su derecha.
Un brazo se alzaba recto por encima de algunas cabezas gachas.

Pertenecía al empollón de la clase.

—¿Sí? —la voz del profesor parecía una cuchilla se-
gando la tensión del ambiente.

—Disculpe, profesor. ¿No resulta paradójico que
unos camaleones hablen de no engañar?

En ese momento el profesor resopló visiblemente. Su
rostro fue enrojeciéndose hasta que los nudillos de sus
puños entrecerrados se tornaron blanquecinos.

Las cabezas de todo el alumnado descendieron aún
más hacia los pupitres mientras el maestro alcanzaba, a
cortas zancadas, su escritorio.

Sentándose, pulsó el botón lateral de este.

—¡No, por favor! ¡El botón no!

Pero el lamento del prometedor empollón no iba a
servirle ya de mucho.

Tanto en la escuela como en el reino en sí, uno podía
ser más o menos avisado e inteligente. Pero no se ponía
en duda al Imperio.

Eso lo sabía hasta el más justito de los tontos.

Pronto entraron los individuos de negro.

Encapuchando al alumno señalado por el profesor, de
un golpe lo redujeron para llevárselo a rastras.

Las clases de historia resultaban bien tediosas y abu-
rridas. Sin embargo, el que pudiesen hacerte desaparecer

sin más por un simple comentario las dotaba de cierta emoción.

En las cámaras subterráneas del castillo, poco era el tiempo que transcurría sin escucharse desesperados alaridos.

No era algo de lo que se hablase en el reino. En él, se sucedían día sí día también las desapariciones. Gentes de las cuales nunca se volvía a saber. Al menos, tal y como se les conocía.

En ello andaba pensando el aventajado alumno mientras se veía arrastrado por los pies por un suelo pedregoso.

El sonido seco de una puerta abriéndose precedió a que lo sentasen y le quitasen el saco que cubría su cabeza.

Tuvo que entrecerrar los ojos debido a la fuerte luz que un fluorescente reflejaba en su rostro.

Cuanto menos, el joven esperaba un juicio del que poder salir ileso.

La realidad, no obstante, era bien distinta.

Inmovilizaron su cabeza mientras, de reojo, pudo ver los gigantescos ojos del mismísimo emperador fijos en él. Más concretamente, apuntaban a su oreja.

—Conque somos unos mentirosos... —una voz de ultratumba heló la sangre del alumno empollón.

Cuando quiso protestar, sintió algo viscoso recorrer el interior de su mente.

Mientras sus pupilas crecían de tamaño y su mente caía en el pozo de la lobotomía, una risa gutural inundó toda su psique.

La larga lengua del emperador había destruido, una vez más, todo atisbo de resistencia.

Alberticius Tex no tenía demasiadas aspiraciones académicas.

Iba al colegio porque su padre, un aburrido dinosaurio vegetariano, había formado parte del profesorado en el pasado.

Ni siquiera había gozado de plaza fija en el instituto.

Una suplencia por vacaciones había bastado para toda una vida de jactarse de su rol de maestro. Rol ante el cual Alberticius no tenía otra que cursar todos los cursos hasta que la edad le permitiese decidir por sí mismo.

Ese día las clases habían acabado muy tarde.

Acostumbrado a perder su mente en los decadentes cielos del atardecer, el hecho de salir en plena noche resultaba de lo más molesto.

Por si fuera poco, su madre le había encargado algunas cosas en forma de una escueta lista de la compra introducida en su mochila.

Quejumbroso, Alberticius enfiló hacia el supermercado más cercano.

Cuando hubo completado la recolecta, ya ubicado en la cola de la tienda, vio con aburrimiento cómo el cajero pulsaba el botón de emergencia en repetidas ocasiones.

Ese maldito botón repartido a lo largo y ancho del reino.

Tal era el miedo de la gente a las repercusiones del Imperio, que obedecían con ciego fervor a la menor sospecha.

Un nuevo sujeto fue encapuchado y golpeado.

Una nueva desaparición.

Poco después, pensó Alberticius, sería visto en estado catatónico pululando por alguna calle de mala muerte.

El hastío que sentía por su situación era tal, que más de una vez soñaba con islas desiertas en las que corretear libre de cargas. Vivir en libertad.

Un sueño imposible si tu vida se desarrollaba bajo el puño de hierro de K-mal.

Hastiado de sus propios pensamientos, el joven Tex decidió regresar a casa por un camino diferente. Quizá, de ese modo, diese con cierto componente de aventura.

Las farolas de la calle, apagadas, hacían que los astros del cielo actuaran como única referencia luminosa. Alberticius estaba seguro de que, si pudiese, el emperador extinguiría incluso esas fuentes de luz.

Sus pasos eran lo único que se escuchaba en las estrechas calles por las que se movía.

De pronto, le vio.

Plantado en una esquina, frente a una pintada callejera, se encontraba el empollón.

—¡Eh, tú! —Alberticius no dudó en llamar su atención.

Cuando el joven y brillante alumno se giró, al pequeño depredador se le cayó todo el ánimo que había logrado reunir.

Las pupilas de su compañero, grandes como las farolas apagadas.

La boca entreabierta, susurrando y murmurando ininteligibles conceptos.

Los pies bailoteando estúpidamente mediante cortos saltitos.

Tex negó con la cabeza.

Como siempre, debía tener cuidado con sus reacciones.

En el Imperio de K-mal, todo y todos constituían una red de espionaje dinámica.

De modo que dejó ahí a su compañero, cambiando de opinión con respecto a la ruta de regreso a casa. Una vez más, tomaría el camino más directo.

Cuando entró en la humilde morada familiar, sintió detenerse el tiempo. Así eran las cosas en su casa. Un fuerte aroma a pipa impregnaba el ambiente, mientras el canturreo de su madre tejiendo proseguía su marcha, si es que en algún momento se había detenido.

De repente, las grandes patas del joven dinosaurio se posaron sobre sus uñas. Como si de una bailarina se tratase, a cortos pero veloces brincos, trató de cruzar el pasillo en dirección a su habitación.

—Alberticius. ¡Mira qué chal tengo para ti! Mañana lo estrenarás. —la histriónica voz de su madre no le hizo detenerse, sino más bien lo contrario.

—N... ¡No me encuentro bien! —lanzó su clásica excusa mientras tomaba el pomo de la puerta de su refugio salvador.

—Alberticius Tex. ¡No engañarás! ¡No engañ...!

El golpe de la puerta cerrándose ahogó los berridos de su padre. Los dejó en un segundo plano, como le gustaba al dinosaurio dejar prácticamente todo el mundo que conocía.

Frente a él, dentro de esas cuatro paredes, todo era diferente.

Dibujos de frondosas islas y bellas depredadoras. Juguetes de todos los tamaños y constituciones. Incluso un viejo tocadiscos, al que, en esta ocasión, acudió sin dudar Tex.

La música estaba prohibida en todo el reino.

Pero no si se ponía tan bajita como para escapar al espionaje vecinal.

Alberticius repasó su colección.

Allí estaba. La pieza que necesitaba urgentemente.

Con su diminuta garra derecha encendió el aparato, que con el disco encima comenzó a emanar el agradable sonido del deslizar de la aguja.

Cuando Tex se lanzó a la cama tapándose en un solo movimiento, cerró rápido los ojos.

Era su momento de reflexión. Su instante más relajado.

Como si de orar una plegaria se tratase, sus labios comenzaron a murmurar algo una y otra vez.

No me gusta este mundo...

No me gusta...

No...

Mientras el sueño hacía presa de él, su tema predilecto le acompañó hacia otros mundos. Al menos por unas horas, Alberticius sería libre.

El Hada de la Luna repasaba sus bellas notas cuando leves ronquidos se abrieron paso.

EL MONSTRUO DE LAS GALLETAS

Café, té y postres

Abierto
todos los días
a todas
horas

Capuccino
Moka
Tarte
Espresso
Americano
Tisanas



CAPÍTULO 2

Cuando el sol quiso entrar a raudales por el gran ventanal, las cortinas amortiguaron el impacto. La felina se revolvió en el sofá, súbitamente consciente de haberse quedado dormida en él toda la noche.

Al menos había atinado a ponerse su vestido de seda antes de sucumbir al sueño.

Lady Lyla pertenecía a una noble familia aristócrata.

Su casa, más cercana a una mansión, se dividía en docenas de estancias en las que uno podía dormir infinitamente mejor que en los sofás del gran salón.

Eso quizá explicaba por qué a primera hora de la mañana todo el mundo aún dormía.

Desperezándose, estiró una a una sus patas traseras, mientras con un andar elegante alcanzó la cocina. Un poco de atún y un chorro de leche hicieron las veces de improvisado desayuno.

Lyla era una gata bien avispada. Aunque no requirió del uso de sus afilados sentidos para percatarse de la estampida que estaba teniendo lugar en la entrada de su hogar. Cuando hubo concluido la serie de golpes y empujones, un harapien-

to y destartalado sujeto anduvo con total pesadumbre por el estrecho camino que atravesaba los jardines de la mansión.

Antes de que se atreviese a llamar a la puerta, Lady Lyla ya la había abierto un palmo.

—Ne... Necesitamos... —el sujeto era un flan de nervios. Carraspeó, tratando de componerse—. Requerimos asilo, Lila.

Mientras la mirada de Lady Lyla oteaba a lado y lado la calle exterior, sus pupilas se tornaron finas líneas llenas de incredulidad e ira. El sujeto tragó saliva.

—¿Cómo os atrevéis a venir hasta aquí? ¡Está prohibido! ¿Comprendéis?

El sujeto balbuceó algo incomprensible antes de que la pata de la gata lo apartase del marco de la puerta.

—Nos veremos hoy, según lo previsto, en el lugar habitual.

Fue lo último que se escuchó antes del portazo.

Lady Lyla se vistió apresuradamente.

No era que aquella panda le importase nada y menos, sino que tenía narices el que hubiesen visto con buenos ojos plantarse en la propia mansión. ¡Y diciendo su nombre en código, ni más ni menos!

Lyla colaboraba con la resistencia al Imperio.

Pero colaborar no significaba poder dejar de lado sus obligaciones con la familia.

Cada vez que podía, cada segundo de su libertad quemaba todos los cartuchos posibles en la hoguera de la resistencia.

Al parecer, aquellos mequetrefes no lo consideraban suficiente.

Salió a la calle con actitud resuelta y frente en alto.

El chismorreo de su barrio de alta alcurnia no se hizo esperar.

Aquellas gentes parecían tan aburridas que no podían sino dedicarse a mirar por sus ventanas en busca de algo a lo que juzgar. O directamente, criticar.

Ese era el caso que ocupaba.

Haciendo caso omiso a las burlas, Lyla prosiguió con actitud resuelta, enfilando la gran avenida que conducía a las calles más céntricas de la ciudad.

El Monstruo de las Galletas era un café con gusto por lo antiguo.

Edificado en una mítica esquina de gran afluencia local, sus acabados de cuidada madera, el característico olor a té y la pasión por el coleccionismo constituían su sello.

Varios clientes se llevaron las manos a sus gorras al ver llegar a Lady Lyla.

Lila, como se la conocía en la resistencia, se abrió paso ya en la entrada del café para acceder a su interior.

Al lograrlo, sintió como los músculos de su espalda se relajaban.

Inhaló profundamente la pequeña humareda que el tabaco ya había instaurado en el ambiente.

No le pasó desapercibida la presencia del tipo que había casi asaltado su intimidad.

Pero si algo tenía clara la resistencia es que no había lugar alguno donde una conversación fuese cien por cien segura. Ni siquiera su local oficial.

Posándose frente a una de las múltiples cristaleras, Lyla aguardó a que aquél zopenco la viese y acudiese a su lado. Al menos, esperaba que la información resultase valiosa.

Su vista fue deslizándose por los nuevos objetos de la colección del café.

Muñecas de delicada porcelana, conjuntos de tazas del idéntico material, estampas que parecían de otro mundo dada su visible antigüedad... Allí había hasta algún que otro vinilo. Por supuesto, partido en dos, como dictaba la Ley.

El recuerdo de la música resultaba esquivo para Lady Lyla.

A su corta edad, tenía que ir tan para atrás en su memoria para reproducir nítidamente la música, que la propia reminiscencia resultaba difusa.

Aquello la enervó por segunda vez en lo que llevaba de día.

Tanto, que cuando el sujeto alcanzó su posición, se puso nuevamente bien nervioso.

—Vamos, suelta lo que tengas que soltar.

Cuando por fin iba a pasar la información, un rugido interrumpió las conversaciones del café.

A Lady Lyla le pegó un brinco el corazón.

Era él.

La joven gata salió escopetada al exterior del Monstruo de las Galletas.

Tanto le daba que el sol castigase duro desde lo alto.

Usando una de sus patas a modo de visera, enfocó los cielos. De entre unas pocas nubes altas, emergió una silueta anaranjada.

Surcando los cúmulos blancos, se dedicó a efectuar una serie de piruetas para su siempre asombrado público.

Se decía que debía ser la única criatura libre en todo el Imperio.

—Lord Husky...

Lyla suspiró aquellas palabras mientras se sentaba sobre sus patas traseras.

Más bien, cayó sobre ellas.

Aquel dragón le tenía robado el corazón.

Por encima de Lord Husky, mucho más arriba de las blancas nubes que adornaban la vista de todo el reino, un concierto tenía lugar.

*Somos las lagartijas...
Hijas, hijas, hijas de un buen Dios.*

*Somos las lagartijas...
Pijas, pijas, pijas con honor.*

*Si necesitas algo,
En acudir ya tardas...
¡A las Lagartijas de la Guarda!*

Las Lagartijas de la Guarda era una orden constituida en los tiempos antiguos de Animalia.

Habían contemplado el paso de multitud de reinos, y por ello se sentían poco menos que intocables. De hecho, dada la descomunal altura a la que viajaba su

pequeño mundo, nadie desde tierra firme pudo jamás ni reparar en su existencia.

Pero esas lagartijas sí que veían todo cuanto acontecía bajo ellas.

Por eso estaban preparando ese rito.

La matriarca de las lagartijas, una especialmente gordinflona ataviada con negros ropajes que le cubrían hasta el rostro, avanzaba a cortos pasos en dirección al borde de su islote flotante.

—Ahí va. Una gorda embutida en su misma prepotencia.

Aburrida, la lagartija llamada Draggüin reposaba, bajo la sombra de un árbol, el banquete que se había pegado con un insecto.

Hablando sola, comentaba el ridículo espectáculo que sus compañeras estaban dando, y al que se veía forzada a asistir.

No todas las Lagartijas de la Guarda habían vivido felices allí sus vidas. Pero la alternativa de tratar de llegar en caída libre al mundo terrestre tenía sus contras. Primero, una más que probable estampada contra el suelo.

Segundo, que en raro caso eso llegaría a ocurrir, dadas las infinitas bandadas de aves que peinaban la zona.

De modo que ahí estaban, bien santurronas, cantando sus canciones y lanzando sus hechizos.

En esa ocasión la situación parecía ser de lo más trascendental.

Solo eso explicaría el extra de ridiculez con el que sus compañeras vestían y se comportaban.

Draggüín estaba al tanto de la actualidad de Animalia. Concretamente del imperio de K-mal. Lo malvado de su mando bien merecía un toque de atención, en eso la lagartija estaba totalmente de acuerdo. Pero ¿lanzar un hechizo milenario para semejante bastardo?

Draggüín se encogió de hombros, pues ella tenía sus propios planes.

Mientras una nueva canción era entonada, fue dando cortos pasos hacia uno de los bordes de la miniatura de mundo en el que vivía.

Si el mundo se rige con toneladas de dolor.

¡No desesperéis!

Las lagartijas os brindan,

Sus gotitas del amor...

La matriarca se asomó tanto al borde del mundo que sus compañeras corrieron a agarrar sus faldones.

Con una sonrisa, dejó caer, gota a gota, el contenido de un frasco sobre las nubes que peinaban la base de su visión.

Aquella sonrisa era de aficionado en comparación a la que lucía Draggüín.

Se había lanzado al vacío.

Cuando la primera de las aves se acercó rauda a engullirla, llegó el momento de poner a prueba su duro entrenamiento.

De una patada voladora, el ave salió proyectada en dirección contraria a la que había venido.

«Los troncos de su mundo en miniatura eran más robustos que aquellos picos», pensó divertida la lagartija.

De ese modo, Draggüín fue descendiendo en picado, mientras un montón de aves salían proyectadas a su paso.

Había superado el primer gran escollo de su cometido. Sin embargo, llegar a tierra iba a resultar, de seguir todo así, de lo más doloroso.

Era tal su velocidad que ni siquiera albergaba esperanzas de supervivencia.

Cuando pudo ver con claridad el panorama terrestre quedó sorprendida. La lagartija siempre pensó que dejaría caer varias lágrimas de felicidad. La realidad, no obstante, fue un berrido continuado fruto del más absoluto terror.

Eso hizo que Alberticius Tex alzase la cabeza.

El camino al colegio estaba resultando de lo más tedioso, una vez más.

No obstante, ver un pequeño reptil acercarse a esa velocidad hacia uno, es algo que saca del estupor a cualquiera.

Si encima golpea su cráneo contra el tuyo... Tan solo te queda sentarte a reflexionar.